

# ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN ECUADOR

CATALINA CAMPO IMBAQUINGO, TANIA GONZÁLEZ R.

FERNANDO GARCÍA S., JOSÉ E. JUNCOSA B.

(EDITORES)

TOMO III

ESTUDIOS HISTÓRICOS Y SOCIALES



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA

Catalina Campo Imbaquingo, Tania González R., Fernando García S., José E. Juncosa B. (editores)

*Antropologías bechbas en Ecuador*. Estudios históricos y sociales-Tomo III / Catalina Campo Imbaquingo, Tania González R., Fernando García S., José E. Juncosa B. (editores)

1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología; editorial Abya-Yala; Universidad Politécnica Salesiana (UPS) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador), 2022

278p.; tablas.; gráficos; mapas.

ISBN ABYA-YALA:

978-9978-10-648-8 OBRA COMPLETA

978-9978-10-685-3 Volumen III

ISBN DIGITAL ABYA-YALA:

978-9978-10-653-2 OBRA COMPLETA

978-9978-10-687-7 Volumen III

ISBN FLACSO:

978-9978-67-613-4 OBRA COMPLETA

978-9978-67-615-8 Volumen III

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

---

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2022

© J (editores), 2022

1era Edición, 2022

Asociación Latinoamericana de Antropología

Editorial Abya-Yala

Universidad Politécnica Salesiana (UPS)

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador)

Diseño de la serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: *Pase del niño en Isinche, Cotopaxi*, Marcela García

Diagramación: Editorial Abya-Yala

Diseño de carátula: Editorial Abya-Yala

Editor general de la colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2022

# Contenido

Prefacio

Presentación

Nota sobre la edición

## **Parte I** **ESTUDIOS HISTÓRICOS Y SOCIALES DE LA ANTROPOLOGÍA**

Breve balance de la antropología ecuatoriana en sus cincuenta años de vida  
SUSANA M. ANDRADE

Miradas, líneas temáticas y genealogía conceptual de la antropología  
de la Amazonía ecuatoriana: hacia un estado de la cuestión  
IVETTE VALLEJO Y KATI ÁLVAREZ

Antropología amazónica ecuatoriana del siglo XXI  
ANDREA BRAVO DÍAZ

Una aproximación a la antropología ecológica ecuatoriana  
TANIA GONZÁLEZ RIVADENEIRA Y RADAMÉS VILLAGÓMEZ RESÉNDIZ

Interrelación, intercambio y guerra en un territorio de interdependencia  
e intervención: antropología de los pueblos indígenas de reciente contacto  
y en aislamiento del Yasuní  
ROBERTO NARVÁEZ COLLAGUAZO, PATRICIO TRUJILLO MONTALVO Y ALEXIS RIVAS TOLEDO

Tierras altas y tierras bajas: la articulación transversal  
del espacio ecuatoriano continental a través de la etnohistoria  
JUAN CARLOS BRITO ROMÁN

Los aportes de la antropología ecuatoriana  
a la educación intercultural bilingüe  
MARTA RODRÍGUEZ CRUZ

Genealogías de la ciudad andina: conversaciones entre antropología e historia

ALFREDO SANTILLÁN, EDUARDO KINGMAN Y MIREYA SALGADO

De las estructuras formales a la relacionalidad: la antropología del parentesco y de las familias en los Andes ecuatorianos

JAVIER GONZÁLEZ DÍEZ

Un sistema de salud para un Estado plurinacional

JUAN CUVI Y ERIKA ARTEAGA CRUZ

La interculturalidad desde un proceso de antropología de lo contemporáneo en la Universidad de Cuenca

LUIS ALBERTO HERRERA MONTERO, ISRAEL SEBASTIÁN IDROVO LANDY  
Y JUAN FERNANDO VERA CABRERA

Las ruralidades en la antropología económica ecuatoriana

MARÍA AMPARO EGUIGUREN

Desarrollo y antropología: a propósito del Instituto de Recuperación Económica

JUAN FERNANDO REGALADO

La incesante búsqueda de la identidad nacional: 25 años de trabajo antropológico

CATALINA RIBADENEIRA SUÁREZ Y ANTONIO TRUJILLO RIBADENEIRA

Sobre las instituciones

# Tierras altas y tierras bajas: la articulación transversal del espacio ecuatoriano continental a través de la etnohistoria

JUAN CARLOS BRITO ROMÁN<sup>57</sup>

En 1972, el antropólogo norteamericano de origen ucraniano, John Murra, dio a la imprenta su célebre capítulo *El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas*. En esta obra, Murra alcanzaba algunas conclusiones generales y sistematizaba varios de sus estudios previos sobre el mundo andino —su iniciación en este contexto tuvo lugar en 1942, cuando, junto con Donald Collier, estudió arqueológicamente el sur ecuatoriano—. Sus posteriores investigaciones en el Perú lo terminaron por persuadir —allá por la década de 1960— de la existencia de un manejo ecológico y económico muy particular del espacio andino, al que bautizó con el nombre de “control vertical de un máximo de pisos ecológicos”. Como es bien sabido, este sistema de “archipiélagos verticales” consistía en un núcleo poblacional, étnicamente homogéneo y centralizador del poder, desde el que se enviaban colonos hacia territorios distantes y discontinuos, ubicados por encima y por debajo del núcleo central, a saber, las “islas” del archipiélago (también llamadas “pisos” o “escalones”).

Ahora bien, a diferencia de los centros —que por lo general se ubicaban en los altiplanos— las islas eran espacios multiétnicos en los que se yuxtaponían pueblos de distinto origen. Asimismo, en la travesía entre un núcleo y sus islas se debía atravesar por territorios étnicamente heterogéneos. Si, por una parte, este sistema obligaba al tejido de estrategias políticas entre distintos grupos étnicos, por otro lado, suponía la plena conservación de derechos de los colonos en sus etnias de origen. El porqué de esta estrategia territorial tenía que ver con el aprovisionamiento de recursos de distintas ecologías (determinadas principalmente por la diferencia de

---

57 Candidato doctoral en Educación, máster en Educación, Diversidad Cultural y Desarrollo Comunitario (Universidad de Santiago de Compostela), licenciado en Antropología Aplicada (UPS-Quito) y docente de la Universidad Nacional de la Educación (Azogues-Ecuador).

alturas y las distancias), inexistentes en los núcleos centrales. La autarquía de las distintas etnias, autosuficientes en la producción y provisión de múltiples y variados recursos, minó las bases para que un mercado interétnico pudiese desarrollarse, ausencia que es muy característica a la región de los Andes centrales.

Ahora bien, desde el inicio, una cuestión que inmediatamente surgió fue la generalización del modelo a toda el área andina, ¿se trató de un sistema panandino?, ¿cómo fue la relación de las poblaciones de la Cordillera con las poblaciones de los piedemontes y de las llanuras costera y amazónica, en las distintas latitudes? El propio Murra lanzó la invitación a poner a prueba el modelo, pues era consciente que este pudo haber tenido limitaciones temporales o geográficas. Instó en tal razón: “Los ‘archipiélagos verticales’ y la interdigitación étnica necesitan verificación e identificación a lo largo de toda la Cordillera andina, desde Carchi hasta Mendoza, desde Manabí y Piura hasta Cochabamba y Antofagasta. Nos damos cuenta que urge elaborar un atlas ecológico y etnográfico del mundo andino” (Murra 1975:<sup>58</sup> 79).

En el Perú, María Rostworowski (1972, 2004), Franklin Pease (1985) y más recientemente Carlos Garaycochea (2010), entre otros, han señalado algunos límites del modelo, sin que ello vaya en desmedro de su generalización para la región de los Andes centrales. Más hacia el norte, varios estudiosos se encargaron de verificar el modelo en los Andes ecuatorianos. Pero llegaremos a ello más adelante, por lo pronto, una nota metodológica que también retomaremos en lo posterior, para inferir sus conclusiones: Murra se basó en datos arqueológicos, etnográficos y, de manera particular, en archivos históricos de una fuente concreta: las *Visitas*, documentos de orden administrativo que señalan el estado político y económico de las poblaciones andinas en los tempranos tiempos coloniales.<sup>59</sup> Dos de ellas revistieron particular importancia: las *Visitas* de Chucuito y de Huánuco.

Otro antecedente para la particularización del área andina septentrional —de la que efectivamente partió Murra— fue la división que hiciera Carl Troll (1931) de los Andes en dos macrorregiones: los Andes de puna meridionales y los Andes de páramo septentrionales. Ecológicamente, aquellos son más altos, más secos y reciben una alta radicación solar durante el día, y heladas por las noches. Estos, en cambio, son más húmedos, más bajos, y están cubiertos por una bruma constante que los protege de la insolación. Otra importante diferencia radica en las enormes distancias que separan a las dorsales andinas en la puna, en comparación con la estrechez que estas alcanzan en el páramo. Pero más allá de la variable ecológica,

---

58 En este capítulo utilizaremos la reedición de 1975 del texto original de 1972.

59 Se suele demarcar como límite del temprano periodo colonial la década de 1570, que es cuando las reformas del virrey Francisco de Toledo reorganizaron los patrones andinos de poblamiento, gobierno y economía (en las llamadas reducciones), en favor de la racionalidad administrativa peninsular, con fines tanto de evangelización como de extracción de mayores excedentes indígenas, en forma de mano de obra y tributos directos.

otra diferencia aparecía evidente a ojos de los investigadores: el grado de desarrollo cultural y tecnológico alcanzado en cada macrorregión. Mientras que la puna albergó a sociedades políticamente complejas y bastante desarrolladas en el control tecnológico de su entorno, en los Andes de páramo el ordenamiento político parecía ser incipiente y su cultura material menos elaborada.

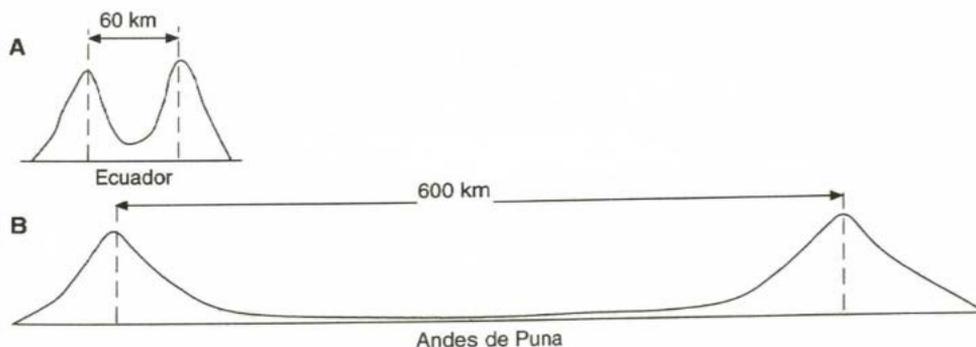


Figura 1. Andes de páramo y Andes de puna. A) Andes de páramo, B) Andes de puna (Moya 1995).

Combinados ambos factores, las primeras conclusiones de Troll, cercanas a un determinismo ecológico que con el tiempo habrá de matizarse, parecen inevitables: El rigor del medio ambiente obliga a los seres humanos a “esforzarse”; la aridez del entorno y las inundaciones temporales construyeron a los habitantes de la puna a construir obras de riego y tecnologías de cultivo y conservación más avanzadas, lo que a su vez condujo a una mayor centralización de un poder organizador, y al establecimiento de alianzas políticas interétnicas, dadas las largas distancias que las obras hídricas y el acceso a los recursos debían cubrir. En el páramo, en cambio, la posibilidad de cultivar sin riego y la mayor productividad del suelo no supondrían un desafío a la inventiva humana. En estas circunstancias, la familia —más o menos ampliada— bastaría como unidad de producción, sin necesidad de ceder autonomía a un poder político centralizador. De esto se desprende una cuestión de capital importancia, que retomaremos más adelante: en la puna se desarrollaron Estados; en el páramo habitaron *sociedades no estatales*.

Por último, un tercer antecedente que creemos necesario señalar: desde la década de 1950 el arqueólogo Gordon Willey venía utilizando el término “área intermedia” —en publicaciones dirigidas al público escolar— como referencia al área ubicada entre las culturas centro-andinas y mesoamericanas. Solo en su publicación de 1971, *An introduction to American archaeology*, el término se popularizó entre los estudiosos y expertos (Lange 2004). Aunque no fuese intención de Willey, a ojos de muchos estudiosos esta área se presentaba como la de un hándicap cultural, ubicada como está entre las grandes civilizaciones andinas y mesoamericanas, y aparentemente

vaciada de grandes desarrollos políticos y tecnológicos. Con estos antecedentes, la invitación de Murra a verificar la extensión de su modelo de “archipiélagos verticales” cayó en terreno abonado: los Andes de páramo, el área intermedia, someterían al modelo a pruebas de máxima tensión. Varios estudiosos aceptaron la invitación y se empeñaron en esta tarea —llegaremos a ello—. Por lo pronto y aunque nuestro interés principal es la etnohistoria, conviene pasar brevemente revista a los desarrollos que la arqueología ecuatoriana había avanzado hasta ese periodo, en lo que respecta a la articulación transversal e interzonal del territorio.

## La articulación interregional a través de la arqueología

Ubicadas pretendidamente en un hiato cultural entre las “altas culturas” de Mesoamérica y los Andes centrales, la temprana arqueología de los pueblos del área intermedia simplemente les asignó un lugar sucedáneo en el continente. Las teorías difusionistas fueron la tónica en este primer periodo. Investigadores nacionales de la talla de González Suárez (1895), Jijón y Caamaño (1930), y los extranjeros Max Uhle (1922), Verneau y Rivet (1912), encontraron influencias “maya” por doquier (más que centroandinas, a no ser las de filiación inca). Pero en 1956 las cosas dieron un giro distinto: las investigaciones de Emilio Estrada en el sitio de Valdivia develaron los restos de la cerámica más antigua del continente (3500 a. C.) Más adelante, Zeballos Menéndez (1971) demostraría que practicaban la agricultura. Así pues, los valdivianos, habitantes de la península ecuatoriana de Santa Elena, se revelaron como uno de los primeros pueblos agroalfareros de América. El área intermedia pasó de representarse de mero receptor de influencias culturales a epicentro de origen.

Los temas del origen y la difusión siguieron en el tablero (cuestiones que desbordan este estudio), pero cambiaron de orientación: de la casi exclusividad de los enfoques norte-sur, la atención se concentró en los movimientos este-oeste. Y efectivamente, si algo se iba aclarando es que las culturas del Formativo<sup>60</sup> irradiaron buena parte de su influencia en sentido transversal. Se hizo evidente que Valdivia, Machalilla y Chorrera (culturas formativas de la Costa) marcaron su impronta en las culturas del Formativo de los Andes, posteriores a las primeras. Así, en la sureña cultura de Cerro Narrío (2000 a. C.) —la más antigua del Formativo serrano— se evidencian formas cerámicas de clara filiación Machalilla y Chorrera (Porras 1973). Un poco más al norte, en el límite entre el Ecuador meridional y central, Max Uhle (1931) halló los restos de una cultura que, con posterioridad, Pedro Porras (1977) habría de definir como “fase Alausí”, de indudable filiación con Machalilla y relacionada

---

60 El Formativo (3500-500 a. C.) corresponde al inicio de la agricultura y la alfarería. Estrada, junto a Evans y Meggers, se empeñaron a fondo en el estudio de este periodo. Ellos propusieron la periodización actualmente usada por la arqueología ecuatoriana: Precerámico, Formativo, Desarrollo Regional e Integración (amén del periodo inca).

con Narrío. Más hacía el sur, la “fase Catamayo” acusa claros contactos entre las poblaciones que habitaron la actual provincia de Loja con las tradiciones cerámicas de Valdivia y Machalilla, en la época de transición entre ambas (Guffroy 1983). Hacia el norte, en plena ciudad de Quito, yacen los restos de la cultura Cotacollao (1500 a. C.). Descubiertos por Pedro Porras en 1975 y estudiados exhaustivamente por Marcelo Villalba (1988), los vestigios de Cotacollao delatan elementos de Valdivia tardío, Machalilla y particularmente Chorrera. En efecto, la gran dispersión territorial de Chorrera llevó a Emilio Estrada a caracterizarla como “núcleo de la nacionalidad ecuatoriana”, pues su influencia se localiza en la Costa, la Sierra y en alguna medida en la Amazonía.

Del lado de la Amazonía, las influencias parecen ser de ida y vuelta. Donald Lathrap sostuvo que el origen de la propia cultura Valdivia debería buscarse en la cuenca amazónica. Porras (1975), por su parte, logró demostrar la continuidad de la cultura Cosanga-Píllaro; la primera, amazónica, fue anterior a la segunda, serrana, sobre la que dejó marcada su impronta. La migración de abajo hacia arriba se habría producido en el 700 d. C. aproximadamente, esto es, en el periodo de integración. También en la zona de Narrío —en su fase tardía— aparecen influencias de la región del Upano, al tiempo que en los sitios amazónicos de Chiguaza y la Cueva de los Tayos se evidencia una cerámica muy influenciada por Chorrera, difusión que se produjo a través de Narrío (Taylor 1988). Hacia el sur, en Loja, las culturas de la tradición Catamayo desaparecen abruptamente. Migraciones amazónicas, que se habrían producido hacia el 400 d. C. dan cuenta del reemplazo de una población por otra; los paltas, etnia de origen shuar que los incas enfrentaron en su expansión conquistadora (cf. Jijón y Caamaño 1941; Gnerre 1983; Taylor 1988; Hocquenghem 1990; Juncosa 2005).

Está claro que entre las tres regiones continentales del territorio —hoy ecuatoriano— hubo desde temprano una fluida movilidad de personas, bienes e influencias culturales, flujo que continuó a lo largo de los diferentes periodos. Ahora bien, ¿cuál fue la naturaleza de esos movimientos?, ¿qué tipo de relaciones interétnicas devinieron de este proceso de complementariedad ecológica? Analizaremos este tema a la luz de la propuesta de Murra, en su verificación dentro del área intermedia.

## La etnohistoria en la reconstrucción del pasado precolombino

Udo Oberem, profesor de la Universidad de Bonn y especialista en el área andina, fue pionero en someter a prueba el modelo de Murra en tierras ecuatorianas. En una ponencia presentada en París, en 1976, frente al XLII Congreso Internacional de Americanistas, y posteriormente publica en el Ecuador en 1981, el autor ofrece una alternativa distinta al modelo de archipiélagos verticales y sostiene que en la Sierra se encuentra:

Un fenómeno que se podría denominar “micro” verticalidad. Se distingue de la “macro” verticalidad descrita por John V. Murra (1975) por la falta de las “islas habitadas” que caracteriza el sistema archipiélago como tal. Microverticalidad quiere decir que los habitantes de un pueblo tenían campos situados en diferentes pisos ecológicos alcanzables en un mismo día con la posibilidad de regresar al lugar de residencia por la noche (Oberem 1981: 51).

Es decir, si en los Andes centrales las enormes distancias entre los pisos ecológicos obligaban a desplazamientos permanentes, en el páramo, la estrechez de la Cordillera acerca los nichos ecológicos a distancias alcanzables incluso en una sola jornada. En este escenario, la colonización permanente deja de ser un imperativo. Echando mano fuentes coloniales posteriores a las reducciones toledanas —aunque suponiendo que las condiciones están dadas para que el modelo se remonte a un origen preincaico— Oberem presenta ejemplos de varias etnias de las áreas al norte de los caranquí, panzaleo y cañari, que habitaban en tierras templadas y frías donde sembraban maíz y papas, pero que tenían sementeras en tierras más bajas, a pocas leguas de distancia, para el cultivo de coca, algodón, ají, yuca, camote, entre otros productos. Un caso particular es el de Paute, pues el poblado se ubicaba en tierras más cálidas, en el valle del río, mientras que las papas, uno de sus alimentos más apreciados, se cultivaba en los altos, “a una y a dos leguas por los cerros” (1981: 53). Más hacia el sur, entre las etnias de origen shuar asentadas en los Andes (paltas, guaycundos, caxas), Hocquenghem (1990) sostiene que el manejo microvertical del espacio permitía a las unidades domésticas gozar de gran autonomía, sin necesidad de responder a ningún tipo de poder centralizador ni compartir nichos ecológicos con otros grupos. Leemos:

El ámbito mismo no imponía la necesidad de respetar reglas comunes, a los diferentes subgrupos y casas, para asegurar la producción. Cada unidad de producción tenía acceso a tierras frías, templadas y calientes a menos de un día de camino, no existía tampoco la costumbre de compartir diferentes nichos ecológicos, alejados de los asentamientos y controlados por diferentes utilizadores, porque la organización territorial debía ser de tipo “vertical” y “continua” (1990: 133).

En otro trabajo (Brito 2015) presentamos un mapa manuscrito de 1697 relativo a un juicio en la parcialidad de Colambo, perteneciente a Gonzanamá (Loja). La evidencia gráfica revela un claro patrón de control ecológico microvertical, que se hace explícito en el encabezado del mapa: “Tras de estos serros esta el pueblo de Colambo de distancia de mas de legua y media mui atrás — adonde tienen los yndios, muchas tierras en parages templados, calientes i fríos” (ANH/Q 1697: 324). Dicho en términos de hoy, la distancia entre Colambo y los pisos ecológicos circunstantes ronda apenas los diez kilómetros.

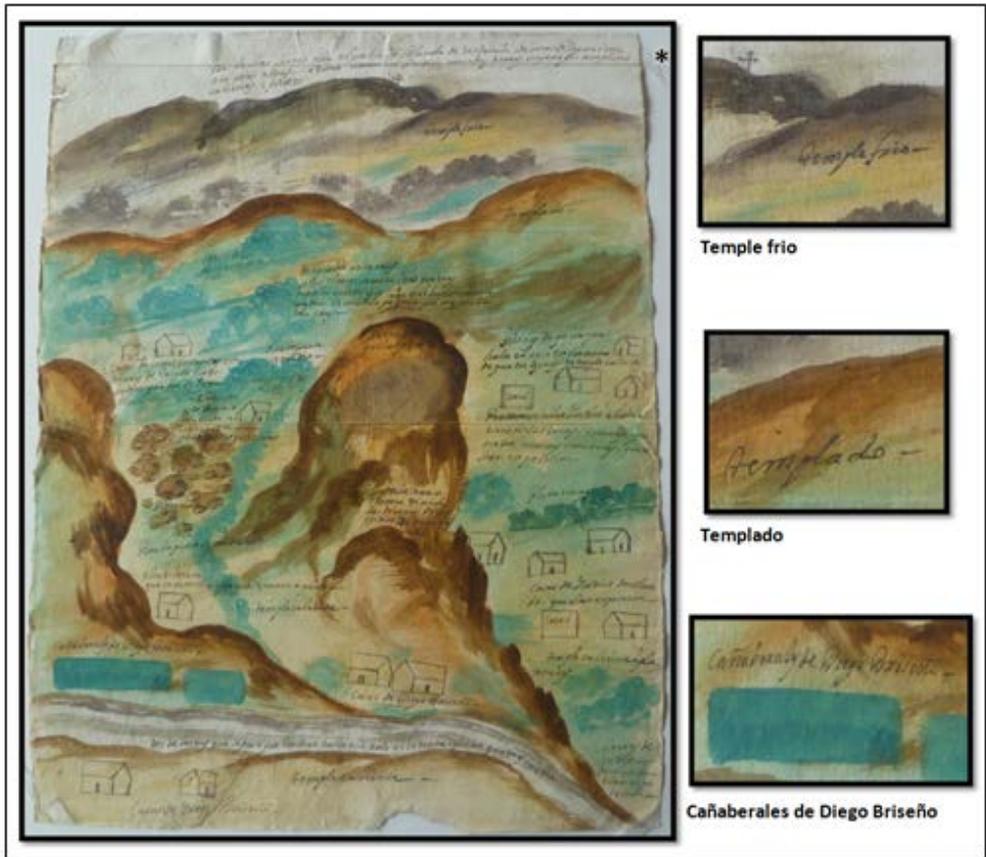


Figura 2. Mapa manuscrito de la comunidad de Colombo (Brito 2015).

Pero en su trabajo, Oberem no niega de plano la existencia de archipiélagos verticales al estilo peruano, y al efecto, presenta ejemplos extraídos de documentación colonial relacionada a la Audiencia de Quito. Si algo ofrece pistas de dicho modelo es la existencia de *camayos* (llamados “mayordomos” en algunos documentos), es decir, productores más o menos especialistas en ciertos bienes que se afincaban en territorios alejados del núcleo central, adonde eran enviados por sus caciques. Un producto preciado y escaso como la sal era procurado en lugares específicos —en zonas que comparten el epónimo de Salinas— a lo largo de la Sierra. Un caso bastante instructivo es el de los indios de Paccha (canton Cuenca actual), pues aprovechaban de unas salinas ubicadas en las selvas del Oriente, a muchos días de camino, y donde mantenían guerra con los zamoranos por su defensa, según consta en un documento de 1582. Asimismo, Oberem presenta ulteriores ejemplos de islas multiétnicas relacionadas con los cultivos de coca y algodón. En

la misma línea, estudios de Jacques Poloni-Simard (2006) reportan que los indios de Cañaribamba y Naranca y poseían tierras en las calientes yungas de Quena. Indígenas de Cuyes y Bolo, los primeros oriundos de la ceja de la selva y los segundos de la Costa, vivían en el cacicazgo de San Bartolomé (Aroxcapa). Taylor (1988) coincide en afirmar que el cacicazgo único de Paccha-Aroxcapa explotaba varios pisos ecológicos, desde la selva hasta el páramo, además, existían colonias de este cacicazgo en Zangurima y Cuyes.

Como es de rigor, Oberem se pregunta si el sistema de archipiélagos en la Sierra ecuatoriana es de origen autóctono o si acaso fue introducido por los incas. Propuso también otra solución alternativa a la vez que complementaria: la existencia de mercaderes (*mindalaes*) que servirían de nexo de los intercambios, aunque recomendando “suma prudencia respecto de este tipo de acceso a productos provenientes de ecologías ajenas: el intercambio comercial o el trueque” (Oberem 1981: 59), advertencia que parte de la imprecisión y el poco detalle de las fuentes disponibles. Señala que los estudios que al momento realizaba Frank Salomon sobre “El corregimiento de las cinco leguas de Quito” podrían sistematizar de manera detallada el tema de las distintas posibilidades de acceso a recursos naturales de diferentes ecologías, cosa que en efecto habría de suceder. Por su parte, la prematura e inesperada muerte de Oberem, acaecida en noviembre de 1986, dejó trunca la continuidad de sus estudios sobre el área andina, tarea que, efectivamente, planeaba emprender de lleno tras su cercana jubilación, libre ya de sus responsabilidades docentes y administrativas (Wurster 1987).

## La especificidad de los señoríos norandinos

En 1978, el estadounidense Frank Salomon defendió su tesis doctoral en la Universidad de Cornell. Su trabajo, que versaba sobre los señoríos étnicos de Quito, fue realizado bajo la dirección tutorial del propio John Murra. El estudio fue publicado en español en 1980 bajo el título *Los señores étnicos de Quito en la época de los incas* (Salomon 2011). La edición inglesa, publicada por la Universidad de Cambridge, vio la luz en 1986. Como cabe esperar, la verificación del modelo de archipiélagos verticales se encontraba explícita en el estudio. Y a decir verdad, a medida que el trabajo avanzaba, en el *check-list* de verificación las tesis de Murra tocaban sus límites. Aunque muchos lo asumieron como un desafío al maestro —según declara Salomon en la reedición de 2011— en realidad no era así, pues para Murra el devenir social implicaba multiplicidad de vías y desenlaces culturales, “por eso la descripción de ‘otra verticalidad’ norandina resultó, a sus ojos, etnológicamente verosímil. La defensa *viva voce* fue relativamente pacífica” (Salomon 2011: 15). A todo esto, cabe recordar que al presentar su síntesis de cinco modelos de archipiélagos verticales en el Perú, el propio Murra permaneció abierto a la crítica y a la posibilidad de falsacionismo de sus hipótesis: “No pretendo con los cinco agotar todas las formas

y variedades que hubo; tampoco quedaré decepcionado si alguno de los cinco resulta ser todo lo contrario. Estamos en la etapa de la investigación en que los alcances y límites de la hipótesis necesitan verificación y crítica” (1975: 61).

Antes de entrar en detalles sobre las alternativas presentadas por Salomon, conviene remarcar dos aspectos metodológicos de su trabajo. En primer lugar, el acercamiento a los señoríos (*chiefdoms*) deja de tratarse como el de casos negativos y residuales, en los que la pregunta que guía la investigación no es —declara— “¿Cómo funcionaban?” sino “¿Por qué no se volvieron un imperio?” (2011: 77). Para nuestro autor, los señoríos debían establecerse como un campo de estudio en derecho propio. Es más, los señoríos del área quiteña —junto con los de Polinesia y América Central— se presentan como un campo fértil de estudio para entender “cómo funcionaban sociedades que eran estratificadas y centralizadas, pero no tenían Estado” (2011: 34). Este es un claro tema de antropología política, de aquellos que los investigadores en la línea clásica de Radcliffe Brown suelen indagar para entender el tránsito de *sociedades no estatales* (o protoestatales) a *sociedades estatales*, cosa que habría estado sucediendo en los Andes meridionales antes de la conquista inca. Lejos estaban los señoríos norteños de calzar en la caracterización de “behetrías” con que los describieron los primeros cronistas, esto es, sociedades muy igualitarias y acéfalas.

El otro aspecto metodológico a señalar es el uso que Salomon hizo de las *Visitas* como fuente central —emulando en esto a su maestro—, en concreto, las *Visitas* de 1559 a seis comunidades del Valle de los Chilllos, realizada por Gaspar de San Miguel y Juan Mosquera bajo instrucciones de Gil Ramírez Dávalos. Aunque lo más consistente en términos metodológicos es centrarse en un área concreta, la perspectiva comparada también tiene sus bondades. Por eso, en el capítulo VII, último de la obra, se analizan brevemente los casos de los señoríos puruháes, otavalo (caranqui) y pasto —solo marginalmente cañarís y paltas— en el grado de incanización y de residuos preincaicos que trasluce el análisis de la documentación. En el caso puruhá, Salomón también se valió de las *Visitas* de 1557 por Pedro Rengel y Diego Méndez en varias comunidades de la encomienda de Juan de Padilla. Igual que las *Visitas* a los Chilllos, que se realizó bajo la misma carta de “ynstrucción” de Ramírez Dávalos.

En el caso peruano, Murra llamó la atención sobre la pregunta que se planteara Paul Kosok (1965) sobre la ausencia de comercio y mercaderes en los relatos de los cronistas. En tierras ecuatorianas, en cambio, las cosas pintaban distintas. Ya en 1952, Jijón y Caamaño planteó que —en tierras litorales— la cultura manteño-wankavilka conformó una verdadera “liga de mercaderes”, tesis que fue ampliamente desarrollada en ulteriores investigaciones (Marcos 1986, 2005; Norton 1986). En el espacio andino, Roswith Hartmann (1971) no solo señaló elementos de mercado e intercambio en torno a Quito, sino la misma existencia de un mercado físico. Recordemos que Oberem planteó la posibilidad de que los mercaderes (*mindalaes*)



hubiesen sido un nexo vital en el intercambio. Cabe recordar que la ausencia de mercado y mercaderes en los Andes centrales respondería al modelo autárquico de aprovisionamiento de múltiples bienes, propio del sistema de archipiélagos verticales. Tenemos, pues, el esbozo de algunos elementos diferenciales en los señoríos norteños. Ahora bien ¿Cómo la “microverticalidad” y la presencia de *mindalaes* incidieron en la economía y el manejo ecológico del espacio norteño? Revisémoslo a la luz del trabajo de Salomon.

Pues bien, si el aparato de archipiélagos verticales simplificaba el problema de acceso a los recursos, en el área norteña un “aparato concéntrico” compuesto de tres esferas lo complejizaba —de ahí que para Salomon no hay garantías para suponer que la política de los señoríos fuese más simple respecto a los Estados—. Al interior del primer círculo concéntrico se ubica la *llajta* (*llakta* en grafía actual) —término que el autor prefiere al occidental de “comunidad”—. Aquí se ubicaba la vivienda del señor étnico (*curaca*) y de las familias ampliadas, en un patrón de asentamiento disperso. La microverticalidad cabía dentro de esta primera esfera: en las partes adyacentes a las viviendas se encontraban los campos de maíz y los cultivos a él asociados como los frijoles. A mayores alturas se cultivaban tubérculos y a menores coca, algodón, ají, yuca, camote... aunque a nivel de la economía de subsistencia las familias podían aspirar a la autosuficiencia, dos productos sí entraban en la dinámica de la economía política, dentro de lo que Salomon llama “complejo bizonal”, a saber: el maíz en las proximidades de las *llajtakuna* y la caza en sus límites externos. Estos son los dos únicos productos que se tributaban al señor étnico: en forma de trabajo generalizado en las sementeras de la gramínea y con cazadores expertos en los páramos. El maíz, asimismo, tenía una gran connotación ritual, por lo que más allá de la mera subsistencia, su producción, que era excedentaria, se distribuía en las fiestas y ocasiones rituales. Los tubérculos —de gran importancia el Perú— no entraban en esta dinámica, por lo que no sería excesivo hablar, refiere Salomon (2011: 146), de “Andes del maíz” y “Andes de los tubérculos”, en concomitancia a los Andes de páramo y de puna, según Troll.

El segundo perímetro concéntrico o “aparato de distancia media” alcanzaba las tierras de montaña, esto es, las estribaciones selváticas, cálidas y húmedas, de las dos cordilleras andinas. En el caso de Quito, la relación con los yumbos, habitantes de la ceja de montaña occidental que mira a la Costa, fue preponderante, mucho más que con los quijos de la vertiente amazónica. De los quijos se obtenía principalmente coca, mientras que del lado de los yumbos se encontraba el complejo algodón-ají-sal. Y aunque estos productos podían estar presentes en el espacio microvertical de algunas *llajtakuna*, las variedades trascordilleranas de los dos primeros eran las más apetecidas. Ahora bien, ¿por medio de qué canales se accedía a estos recursos? Salomon menciona dos: en primer lugar, los comuneros de cualquier *llajta* de altura podían desplazarse a los centros de producción, a media distancia, y trocar estos productos contra su maíz, cuyos excedentes también eran destinados al intercambio. Las alianzas matrimoniales interétnicas podían reforzar y estabilizar

este sistema. El segundo mecanismo consistía en que, en ocasiones, las unidades políticas de la Sierra enviaban o permitían que parte de su población residiese entre los habitantes de la montaña selvática; pero a diferencia del sistema de archipiélagos, no establecían derechos jurisdiccionales a distancia en beneficio de sus etnias de origen, sino que eran absorbidos a la cultura local y se sometían a su autoridad política. Las relaciones intercomunitarias eran simétricas, y ninguno de los productos de esta red de intercambios debía tributar. Respecto de la vertiente amazónica, tal parece ser que la urgencia de los contactos venía del lado de los quijos. Salomon presenta varios casos de desplazamientos de esta población hacia la Sierra con fines de intercambio, aunque menos fluidos.

Por último, el tercer anillo concéntrico o de “larga distancia” alcanzaba territorios muy alejados de las *llajtakuna*, en ecologías que, de una parte, tocaban el mar, y de la otra se adentraban en la selva amazónica. De esta zona provenían bienes exóticos de prestigio como las chaquiras y cuentas de materiales minerales, de insectos (élitros coloridos) y calcáreos; entre estos últimos tenía especial relevancia el mullo —elaborado con concha *spondylus*—: un bien ritual de imponderable importancia en el mundo andino. Ahora bien, las distancias y el acceso a territorios posiblemente hostiles significaban una barrera infranqueable para la mayor parte de la población, y es aquí donde especialistas en el intercambio, los *mindalaes*, entraban en escena. Esta era la parte más politizada del intercambio, pues los curacas auspiciaban a los *mindalaes* en sus viajes de intercambio. Estos tributaban bienes de prestigio al señor étnico, permaneciendo libres del tributo en trabajo agrícola. Tales bienes exóticos conferían poder al curaca, no solo por el hecho de poseerlos, sino también por la posibilidad de distribuirlos entre la población. Y no por simple frivolidad: estos bienes hacían parte de la vida ritual de la *llajta* y su posesión cabía dentro de los indispensables culturales (por ejemplo, como dote matrimonial). Aparentemente, los *mindalaes* no residían en la *llajta*, sino que se ubicaban en sitios de comercio; verdaderos mercados que los españoles llamaron *tiangués* (del náhuatl *tianquiztli*) desde su previa experiencia mesoamericana, donde los mercaderes eran parte del paisaje cultural. Por su ubicación entre las vías de entrada a territorio yumbo y en medio camino entre dos áreas culturales importantes al norte y al sur, el *tiangués* de Quito fue un importante emporio de comercio. A él no solo acudían los *mindalaes* con fines de intercambio sino que también la población de no especialistas podía llevar sus productos.

Salomon concluye que el sistema de archipiélagos fue introducido por los cuzqueños, y se encontraba bastante desarrollado en los territorios más “incanizados”, sobremano entre los puruháes. El más grande de los archipiélagos multiétnicos, habitado por camayos, se ubicó en Chapacoto, en la zona de Chimbo. En torno a Quito se identifican archipiélagos incipientes, lo que responde a la conquista más tardía de la región. En una verdadera “revolución desde arriba”, los incas fueron reemplazando paulatinamente el complejo aparato concéntrico de los señoríos nativos por los archipiélagos verticales, sistema que simplificaba el acceso a los



recursos. La evidencia que trasluce de la documentación de distintas zonas permite inferir esta información.

## Al otro lado de las cordilleras

En uno de los trabajos más relevantes sobre las relaciones Sierra-Amazonía, *Al Este de los Andes, relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVI* (Taylor *et al.* 1988), Anne Christine Taylor señala que varios historiadores ecuatorianos han emitido sus reservas respecto de las hipótesis de Salomon. En concreto, disienten con la generalización operada sobre el conjunto de los Andes septentrionales ecuatorianos a partir del estudio de un solo caso (Quito-Chillos). En lo que atañe a las etnias meridionales, la autora precisa que se trata de un problema muy difícil de zanjar, primero porque el sustrato inca ha encubierto con capas de mayor espesor las estructuras políticas previas a la conquista; y segundo porque el material documental sobre esta zona es menos abundante o menos conocido, comparativamente con el área norte. Con todo, Taylor destaca que los pocos datos de los cacicazgos cañaris concuerdan mejor con el modelo de Salomon que el conjunto palta —cosa que él también entrevistara— cuyo caso se revela muy distinto.

A diferencia del área cañari, donde la arqueología revela una clara continuidad cultural desde la tradición formativa de Narrío hasta la conquista inca, en Loja la historia es de rupturas: de repente (400 a. C.) la tradición catamayo desaparece y es reemplazada por otro grupo étnico, los paltas, pueblo de origen jibaroano (shuar) que, en tierras andinas, habría replicado un modelo social y político que es común a los grupos amazónicos. La caracterización de “behetrías”, inadecuada para explicar las estructuras políticas jerarquizadas de los cacicazgos andinos, pretendidamente en tránsito hacia el Estado, se adecúa mejor a las sociedades amazónicas. Siguiendo los relatos de varios cronistas e informantes, Taylor (1988), Caillavet (1989) y Hocquenghem (1990) coinciden en señalar la acefalía de las sociedades amazónicas, pues sus jefaturas no eran permanentes, hereditarias ni centralizadas como los señoríos andinos. En su lugar, las volátiles jefaturas eran ocupadas por *great men*, jefes guerreros que reafirmaban su posición en campañas bélicas con otros grupos, pero cuya cuota de poder podía ser fácilmente contestada por otros individuos. Sin duda, se trataba de un poder muy limitado, de algún modo similar al “poder impotente” descrito por Clastres (2011 *passim*).

Del análisis de varias fuentes tempranas, Taylor concluye que el grupo palta-xiroa andino replicaba las estructuras sociales amazónicas. Y habría sido precisamente por la ausencia de un sustrato político complejizado que la incanización de los paltas fue más completa; amén de casi un siglo de dominación cuzqueña —a diferencia de los cuarenta años en el norte—. En efecto, al momento de la conquista española, entre los paltas estaba firmemente establecido un sistema decimal de ordenamiento poblacional, tierras para cultivos estatales, ritos y servicios religiosos propios del

Tahuantinsuyo y, por supuesto, un sistema de archipiélagos verticales. Así pues, la formación de señoríos entre los paltas sería resultado de la conquista inca —Galo Ramón (2008), en cambio, considera que fue más temprana— por lo que, en su estado previo, el sistema social de estas poblaciones “escapaban necesariamente al modelo propuesto por Salomon” (Taylor 1988: 216). Con todo, en el repaso por tierras lojanas de dicho modelo, no concordamos con Taylor respecto de su afirmación de la inexistencia de microverticalidad. Si bien es cierto que las cordilleras andinas pierden sensiblemente altura en estas latitudes, sí existen escalones verticales de clima y ecología diferenciados, tal como se desprende una cita de Hocquenghem y del mapa de la comunidad de Colambo, ambos presentados páginas atrás. Sobre el territorio cañari, Taylor (2011) presenta un instructivo caso de complementariedad ecológica vertical en el cacicazgo de Aroxapa (actual San Bartolomé). El centro político se encuentra en tierras más bien frías, mientras que a media legua más abajo —en un claro patrón microvertical— poseían frutales en la vega del río. Más lejos, a once leguas de distancia hacia el Este, es decir, al otro lado de la Cordillera, tenían residentes permanentes en los “pseudoarchipiélagos” (2011: 218) de Zangurima y Cuyes, los que parecen no haber sido espacios multiétnicos. La búsqueda de oro pudo ser el móvil principal de estas colonias. En la zona puruhá y panzaleo, Pedro Porras (1975) identificó continuidades entre estas culturas la amazónica de Cosanga, mientras que más allá del área quiteña, en la actual Imbabura, Chantal Caillavet (2000) definió el tránsito entre la Sierra y la Amazonía, a través del paso de Pimampiro. Volviendo al sur, tampoco hay que olvidar el tránsito, todavía activo, entre Saraguro y Yacuambi. En suma, la frontera amazónica mantuvo un tránsito fluido de personas, aunque la austeridad de las fuentes escritas en cuanto a detalles no permite mayor definición de la trama de relaciones interétnicas que se tejieron entre las dos regiones.

Para Taylor, el cierre de la frontera amazónica, tanto en términos políticos como ideológicos, fue una imposición de la conquista inca. En términos políticos, los reveses militares de los cuzqueños en esta zona minaron el interés en ella —la derrota de Huaina Cápac frente a los bracamoros fue humillante— lo que en términos ideológicos se tradujo en un desdén y desprecio hacia quienes pasaron a considerarse “salvajes”. Pero de hecho, los contactos continuaron y al parecer se recompusieron, incluso por causa del sometimiento de las tierras altas. Taylor y Caillavet coinciden en afirmar que la Amazonía se tornó en zona de refugio para los serranos que buscaban escapar de los conquistadores. Y al parecer el circuito de relaciones no fue cortado. En documentación de inicios del siglo XIX encontramos varias referencias a movimientos transcordilleranos, al parecer coordinados (Brito 2015), por ejemplo, en un documento de 1839 las autoridades de Loja se mostraban alarmadas por un violento levantamiento que se originó cerca de Macas, pues se sospechaba que pudiese extenderse a Loja con ayuda de la población indígena local “y es de temer que pudiera haber alguna coligación con las gibarias cercanas [...] para este gobierno que tiene a la vista sucesos que acreditan analogía con el



movimiento de las gibarias de Mendez, Yarubay y Alapicos [sic]" (ANH/C 1839: fol. 1-3). Por desgracia, no se detallan cuáles son los sucesos que sugieren analogía.

Refiere Taylor que al cerrar la frontera amazónica, los incas dedicaron lo esencial de sus esfuerzos a organizar la vertiente pacífica, "ecológicamente muy similar a la vertiente amazónica, y por ello encontramos en los flancos exteriores de la Cordillera occidental rastros evidentes de verdaderos archipiélagos verticales" (1988: 221). Recordemos que el más grande de los archipiélagos se encontraba en Chapacoto (Chimbo), actual provincia de Bolívar. Si en tiempos preincaicos la frontera amazónica tuvo una importancia primordial para los paltas, las etnias del centro y del norte, en cambio, mantuvieron nexos más fluidos con el flanco occidental. Hemos revisado ya el caso de los yumbos. Algo similar ocurría en la actual Imbabura, pues como reporta Caillavet "siempre [hubo] una ventaja a favor de la selva occidental que cuenta además con recursos del mar" (2000: 55). En el caso de los cañaris, Jorge Marcos (1986) refiere que el tráfico de la concha *spondylus*, desde temprano, dependía de Nariño para acceder a toda la región andina. Aunque no tenemos noticias de *mindaloes* en esta zona (Salomon los ubica entre Pasto y Sigchos), es plausible la existencia de un cuerpo similar de mercaderes. Pero este tema, junto con la "liga de mercaderes" de los señoríos de la Costa, que controlaban un circuito comercial a larga distancia, merecen un estudio aparte. También ameritan revisión los estudios de Galo Ramón (2006) y Segundo Moreno Yáñez (1988a, 1988b) sobre las implicaciones políticas de los patrones de control vertical del territorio. Pero por ahora, la tinta nos alcanza solo hasta aquí.

## Referencias citadas

- ANH/C. 1839. Archivo Nacional de Historia, Cuenca. 32269, fol. 1-3.
- ANH/Q. 1697. Archivo Nacional de Historia, Quito. Mapoteca, 324.
- Brito, Juan Carlos. 2015. *El pueblo palta en la historia, continuidades, transformaciones y rupturas*. Quito: Abya-Yala.
- Caillavet, Chantal. 2000. *Etnias del norte, etnohistoria e historia del Ecuador*. Quito: Abya-Yala.
- Clastres, Pierre. 2011. *La société contre l'État*. París: Les Éditions de Minuit.
- Collier, Donald y John Murra. [1942]1982. *Reconocimiento y excavaciones en el sur andino ecuatoriano*. Universidad Católica de Cuenca.
- Estrada, Emilio. [1956]1979. *Valdivia: un sitio arqueológico formativo en la costa del Guayas, Ecuador*. Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas.
- Garaycochea, Carlos. 2010. Los límites del modelo económico de Murra. *Allpanchis*. 42(76): 173-232.
- Gnerre, Maurice. 1983. "Presentación" En: Siro Pellizzaro (ed.), *Celebración de la vida y la fecundidad*. Quito: Abya-Yala.

- González Suárez, Federico. [1895]2011. *Historia general de la república del Ecuador*. Quito: Editorial JG.
- Guffroy, Jean. 1983. El poblamiento en la provincia de Loja durante el Periodo Formativo: datos e hipótesis. *Cultura, Revista del Banco Central del Ecuador*. 15: 59-63.
- Hartmann, Roswith. 1971. Mercados y ferias prehispánicas en el área andina. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. 54(118): 214-235.
- Hocquenghem, Anne Marie. 1990. *Los guaycundos de Caxas y la sierra piurana, siglos XV y XVI*. Lima: CIPCA; IFEA.
- Jijón y Caamaño, Jacinto. 1930. Una gran marea cultural en el noreste de Sudamérica. *Journal de la Societé des Americanistes*. 22(1): 107-197.
- Jijón y Caamaño, Jacinto. 1941. *El Ecuador interandino y occidental antes de la conquista castellana*. Quito: Editorial Ecuatoriana.
- Jijón y Caamaño, Jacinto. 1952. *Antropología prehispánica del Ecuador*. Quito: Prensa Católica.
- Juncosa, José. 2005. *Etnografía de la comunicación verbal shuar*. Quito: Abya-Yala.
- Kosok, Paul. 1965. *Life, Land and Water in Ancient Peru*. Long Island University Press.
- Lange, Frederick. 2004. Área intermedia: conceptos, contribuciones y perspectivas. *Revista de Arqueología del Área Intermedia*. 6: 27-50.
- Marcos, Jorge. 1986. "Breve prehistoria del Ecuador". En: Jorge Marcos (ed.), *Arqueología de la Costa ecuatoriana: nuevos enfoques*, pp. 25-50. Guayaquil: Escuela Superior Politécnica del Litoral; CEN.
- Marcos, Jorge. 2005. *Los pueblos navegantes del Ecuador prehispánico*. Quito: Abya-Yala; Escuela Superior Politécnica del Litoral.
- Moreno Yáñez, Segundo. 1988a. "El proceso histórico en la época aborigen: notas introductorias". En: Enrique Ayala Mora (ed.), *Nueva historia del Ecuador, vol 2*. pp. 23-31. Quito: CEN.
- Moreno Yáñez, Segundo. 1988b. "Formaciones políticas tribales y señoríos étnicos". En: Enrique Ayala Mora (ed.), *Nueva historia del Ecuador, vol. 2*. pp. 9-134. Quito: CEN.
- Moya, Alba. 1995. *Atlas de historia andina, de la época prehispánica a los albores del siglo XIX*. Universidad de Cuenca; PROANDES; UNICEF.
- Murra, John. [1972]1975. "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". En: Autor (ed.), *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, pp. 59-115. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Norton, Presley. 1986. El señorío de Salangome y la liga de mercaderes: el cartel Spondylus-Balsa. *Miscelánea Histórica Ecuatoriana: Revista de Investigaciones Históricas de los Museos del Banco Central del Ecuador*. 1: 131-143.
- Oberem, Udo. 1981. "El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la Sierra ecuatoriana (siglo XVI)". En: Segundo Moreno y Udo Oberem (eds.), *Contribución a la etnohistoria ecuatoriana*, pp. 45-71. Instituto Otavaleño de Antropología.



- Pease, Franklin. 1985. "Cases and variation of verticality in the southern Andes". En: Shozo Masuda, Izumi Shimaday y Craig Morris (eds.), *Andean Ecology and Civilization, an interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*, pp. 141-160. University of Tokyo Press.
- Poloni-Simard, Jacques. 2006. *El mosaico indígena. Movilidad, estratificación social y mestizaje en el corregimiento de Cuenca (Ecuador) del siglo XVI al XVIII*. Quito: Abya-Yala; IFEA.
- Porras, Pedro. 1973. *Breves notas sobre arqueología del Ecuador*. Quito: PUCE.
- Porras, Pedro. 1975. *Fase Cosanga: estudios científicos sobre el Oriente ecuatoriano*. Quito: PUCE.
- Porras, Pedro. 1977. Fase Alausí. *Revista de la Universidad Católica del Ecuador*. 5(17): 89-159.
- Ramón, Galo. 2006. *El poder y los norandinos, la historia en las sociedades norandinas del siglo XVI*. Quito: UASB; CEN.
- Ramón, Galo. 2008. *La nueva historia de Loja: la historia aborigen y colonial*. Quito: Gráficas Iberia.
- Rostworowski, María. 1972. Las etnias del valle de Chillón. *Revista del Museo Nacional de Lima*. 38: 250-314.
- Rostworowski, María. 2004. "Mercaderes del Valle de Chíncha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios". En: María Rostworowski (ed.), *Obras completas III: Costa peruana prehispánica*, pp. 221-254. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Salomon, Frank. [1980]2011. *Los señoríos étnicos de Quito en la época de los Incas: la economía política de los señoríos norandinos*. Quito: IMP; UASB.
- Taylor, Anne Christine. 1988. "El piedemonte sud-ecuatorial en la época prehispánica". En: France Marie Renard Casevitz, Thierry Saignes y Anne Christine Taylor (eds.), *Al Este de los Andes: relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII*, pp. 199-222. Quito: Instituto Francés de Estudios Andinos; Abya-Yala.
- Troll, Carl. [1931]1980. Las culturas superiores andinas y el medio geográfico. *Allpachis*. 12(15): 3-55.
- Uhle, Max. 1922. *Influencias mayas en el Alto Ecuador*. Quito: Tipografía y Encuadernación Salesiana.
- Uhle, Max. 1931. Las antiguas civilizaciones de Manta. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. 12(33-35): 5-72.
- Verneau, René y Paul Rivet. [1912]2019. *Etnografía antigua del Ecuador*. Cuenca: Grafisum.
- Villalba, Marcelo. 1988. *Cotacollao: una aldea formativa del valle de Quito*. Quito: BCE.
- Wiley, Gordon. 1971. *An introduction to American archaeology. Volume 2: South America*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Wurster, Wolfgang. 1987. Udo Oberem (1923-1986). *Indiana*. 11: 417-431.
- Zeballos, Carlos. 1971. *La agricultura en el Formativo temprano del Ecuador*. Guayaquil: CCE.